

Aquella vieja casa de campo

Pietro Grieco

Despertados en esta aldea continua, todos somos parientes

Sólo es cuestión de grados.

Es vacilante el viaje a los recuerdos
de la infancia donde en el temblor
de verbos pequeños viven las cosas
fantásticas, bellas e inalcanzables.
Retorno al tiempo imposible y cristalino
con un retumbar de truenos en el pecho.

He allí la vieja casa con sus paredes
de piedras dormidas detrás del sueño
una sobre otra en el tiempo fresco
de mayo. He allí la casa bañada
por el Siroco y los veranos. ¿Cómo era
posible que empequeñeciera Tanto?
¿Por qué las tejas no escrutaban al cielo?

¿Entrar? ¿Para qué? Ya no era mi morada.
No quise contemplar subiendo o bajando
por la escalera al niño de años puros

y ángeles frutales. He allí el largo
sendero para ir y volver. Ahora
pequeño, ¡tan pequeño! Por él troté
toda la tierra, mi planeta perdido
en la memoria donde ahora tiemblan
entre verbos luminosos los recuerdos
bellos, fantásticos e inalcanzables.
Allí el sol obra su abstracta poesía
En caracteres de blancas rocas calcáreas.

En el camino del regreso un joven
bajaba la colina con sus ovejas.
Me susurraron: “También él es pariente”.
Con voz de heraldos le comunicaron
“Viene de América, América del sur”
Nos abarcamos sin saber que lenguaje
nos podría interpretar. Lo hubiera
abrazado en el aire de la mañana.

Le pregunté cómo estaba todo. Imposible
era preguntar torpes detalles. Respondió con
gran sonrisa: “Tutto bene”, y se fue detrás de
sus ovejas mojadas de rocío. Supe que él

no era él. Era mi imagen sin ir ni volver
de América. Tras su sonrisa y el “Tutto bene”
se partió mi alma con el universo entero.
